

A CLARA

He llegado a esta playa, amiga Clara, donde toda elegancia se da cita, y al punto de llegar, por suerte rara, encuentro frente al mar, junto a la Ermita, casa ni muy humilde ni muy cara.

Aquí siguiendo mi constante empeño de fustigar lo torpe y lo pequeño, busco la novedad de un incidente, algo que sea realidad o sueño, pábulo de una crónica mordiente.

¿Lo encontraré? sin duda irá cumplida la trama de mis cartas, te lo juro, pues hay una falange tan crecida de cabecitas locas, que es seguro, ellas la tela me darán urdida.

Aquí Lili, la que al hablar se empina, siempre efusiva y siempre juguetona; Mari, la que presume de adivina, y sueña ser princesa de la China, aunque por su semblante es una mona.

Lo mas selecto, bello y atrayente en esta costa azul se ha dado cita,

ávida de placer anda esta gente, y se espera el arribo de Inesita, seguida de su turno confidente.

De pollos bien pulita esta ribera, antes sin porvenir y sin carrera, con fácil propensión a lo vedado; a un pollo bien concéelo cualquiera es más que nada un chico afeminado.

Un chico, un peatrimestre que de risa, con calcetín de seda y cuello holgado, usa desquite de mujer a guisa, lleva el talle ceñido y levantado, no va a parte ninguna, y anda a prisa.

Este es un holgazán empedernido, aquellos acendrados jugadores, que el tiempo y el caudal han consumido, mariposas que bullen entre flores, almas sin ideal, aves sin nido.

Que por difícil, no osan a la cumbre de la virtud subir, y en servidumbre sus años dan a liviandad mezquina, en ellos del varón la reciedumbre ni se ve, ni se siente, ni adivina.

Hombres de juventud infructuosa; servir pudieran para alguna cosa y prefieren dormir sin ardimiento, son como mustios pétalos de rosa que el sol abraza, y arrebató el viento.

Pollos bien, cuya vida está cifrada como la araña en ensedar la tela, la tela del vivir sin hacer nada y correr por la mar inexplorada sin ningún lastre, pero a toda vela.

Simpáticos, alegres y vivaces el fresco buscan de marines onde, del cielo del amor llamas fugaces, de toda travesura son capaces estos narcisos de melenas blondas.

Adiós Clara, veremos si es que puedo en la estival jornada que ahora empieza, mostrarte la verdad de algún enredo, los hay a miles, pero tengo miedo de perder en alguno la cabeza.

PEDRO GIL GARCIA

La firma que exige Abd-el-Krim

Una indiscreción del reporter, le ha permitido conocer el verdadero motivo del viaje realizado recientemente a Melilla por el diputado a Cortes señor Sarradell, y gestiones llevadas a cabo por éste durante su breve estancia en esta plaza.

Dos personas muy conocidas mientras apuran sendas tazas de moka a la puerta de un concurrido café, hablan en tono de voz que fácilmente puede ser escuchada su charla por los que ocupan las mesas próximas.

—¿Pero crees—dice uno de los aludidos conversadores—en el rescate?

—¿No ha de creer?—le responde el interpelado.—Las últimas noticias que aquí se tienen del diputado Sarradell, no dejan lugar a duda.

—¿Pero Sarradell está gestionando...?

—Sí, la liberación de los prisioneros. A eso vino los pasados días, y para continuar las gestiones

marchó luego a la península. Te explicaré lo sucedido. Al desembarcar en Melilla, Sarradell se puso al habla con un indígena que, a los pocos días partía para Axdir con una carta para el jefe de la rebeldía. La contestación no se hizo esperar por el mismo conducto. Según manifestó Sarradell a los interesados en el asunto de los prisioneros, la respuesta de Abd-el-Krim era terminante: entrega de los cuatro millones y como garantía de esta suma, la firma de una significada persona política, que de ordinario reside en Madrid, y cuyo nombre se ha negado terminantemente Sarradell a comunicar a nadie.

—¿Y la misteriosa persona está dispuesta a dar su firma?

Para obtenerla, marchó Sarradell a la Corte. Allí se enteró que la persona cuya firma exige Abd-el-Krim, hallábase en Londres, y después de avisarlo así por telégrafo a Melilla, el diputado catalán partió para la capital de Inglaterra. El viaje fué inútil pues la persona aludida se había trasladado días

antes a París. Y a París fué también Sarradell. En los primeros días de la presente semana se recibió otro despacho de Sarradell, comunicando haber encontrado a la personalidad que buscaba, y en cuya compañía se disponía a emprender el regreso a Madrid, no sin antes haber obtenido el consentimiento de que daría su firma a los fines expuestos.

—Es decir, ¿que si Abd-el-Krim no se retracta una vez más, la liberación de los prisioneros podrá ser un hecho en breve?

—Así lo creen todos los familiares de nuestros desventurados compatriotas que sufren en Axdir las amarguras del cautiverio. Por su parte, Sarradell se muestra muy confiado.

Al llegar aquí, mis vecinos de mesa cambian de tema. Yo me dirijo a la redacción para trazar en las cuartillas las interesantes manifestaciones recogidas al oído. ¿Será cierto lo que antecede? Habida cuenta de la precedencia, el lector pueda darle el crédito que su buen sentido le aconseje.

FERRIN

Saetazos

Los Sindicatos libres de Barcelona se han dirigido a los ministros de Hacienda y del Trabajo para protestar—y no así como se quisiera, sino enérgicamente—contra el propósito patronal de imponer uso de armas a los porteros y serenos de fábricas y talleres, por los conflictos a que esto daría lugar y exacerbación de los odios obreros...

Y es verdad. ¿Qué es eso de un portero o un sereno que se pueden defender de una agresión? Les deben sortear a cuerpo limpio.

O dedicarse a otra cosa. ¡No faltaba más!

Han herido gravemente al candidato sindicalista Angel Pestana.

¡Por cierto—es buena hora lo digamos—que, al verme herido, recibí, según se afirma, los últimos sacramentos, oh rebeldes de toda rebeldía!